

V. Blasco Ibáñez  
El hombre aislado  
(*El Imparcial* [México], 11-11-1908)

Dice Ibsen, en uno de sus dramas famosos: «El hombre aislado es el más fuerte».

No debe pensar lo mismo el emperador de Alemania. Cuando el presidente Fallières y el rey de Inglaterra se avistaron recientemente en Londres, haciendo público alarde del acuerdo entre ambas naciones, el káiser, olvidando toda prudencia, se dejó llevar de su carácter impetuoso, prorrumpiendo en amenazas que luego ha desmentido la diplomacia alemana, por una discreción elemental.

Francia e Inglaterra están de acuerdo para una defensa mutua; Rusia marcha unida a Francia, y los estados ribereños del Báltico, Dinamarca, Suecia y Noruega acaban de hacer pública demostración de los mismos sentimientos. De la famosa Triple Alianza solo queda un pálido recuerdo. Italia espera impaciente la terminación de sus compromisos para no renovarlos, y vive cada vez más apartada de la influencia germánica. El imperio austriaco mira con recelo la hegemonía que Guillermo II pretende ejercer sobre todos los países de lengua alemana, y acoge sus demostraciones de afecto con una resistencia pasiva.

El káiser está solo: es el hombre aislado en medio de Europa, y su despecho se manifiesta unas veces con guerreras bravatas y otras con una movilidad nerviosa que le impulsa a inútiles conferencias con todos los soberanos que atraviesan sus estados.

No hay por esto que temer una guerra. La paz europea, una paz armada hasta los dientes, hace imposible todo intento de choque. «El miedo guarda la viña», como dice el antiguo refrán castellano. Todas estas combinaciones diplomáticas, que suscitan amenazas y despechos, no tienen otro objeto que afirmar todavía más la paz deseada. Son precauciones para ponerse a cubierto de la matonería imperial alemana, para volver a la razón y la prudencia al César inquieto, que hace años trae intranquila a Europa.

Como acaba de decir el ministro inglés Churchill, en un hermoso discurso: «una guerra europea destruiría cada veinticuatro horas lo que representa el trabajo acumulado de toda la humanidad, durante cinco años», y los hombres no van a ser tan locos que realicen semejante crimen, en una época como la presente, de acelerada producción y enorme consumo.

\*\*\*

Todo es posible en la tierra. La humanidad ha sido siempre una loca, con algún momento de lucidez. La historia de los hombres, contemplada desde cierta altura, aparece como un inmenso tejido de mentiras, injusticias y absurdos, en el que los pueblos, solo de tarde en tarde, han bordado algunas flores de razón y de verdad.

Tal vez, por lo mismo que una guerra europea equivaldría a un crimen, capaz de retrasar el progreso de los hombres en muchos siglos, es posible que surja cuando menos próximo parezca a todos. Pero no por esto es menos indudable que a ninguna nación le conviene provocarla, ni puede ganar con ella una ventaja que compense las pérdidas de la destrucción.

La Prusia de Guillermo I, de Moltke y de Bismarck, país guerrero y pobre, exponía poco con sus hazañas militares, y podía ganar mucho. Su comercio era insignificante; y además, le sonreía innoble esperanza de agrupar, bajo su hegemonía, todos los estados de la antigua Alemania. Hoy la unión alemana es una realidad política y geográfica: su fuerza comercial e industrial rivaliza con la de Inglaterra; su riqueza es enorme; sus territorios inmensos. Los papeles se han trocado. Su situación es semejante a la de los grandes estados que atacó y despojó hace algunos años. En una guerra, aunque esta sea victoriosa, puede ganar muy poco y se expone a perderlo todo: su comercio cada vez más floreciente, su marina mercante que empieza a invadir todos los mares del mundo, y hasta la unidad nacional, pues los estados germánicos, agrupados en Versalles al calor entusiástico de la victoria, y algo desengañados después por la práctica de la vida común, seguramente se disgregarían al llegar una derrota.

Por esto «el hombre aislado» se mantendrá en su aislamiento, y será prudente, olvidando las arrogancias lohengrinescas, con que varias veces asustó a la Europa.

El aislamiento del káiser acaba de completarse con la revolución turca. Guillermo II era el verdadero dueño de Turquía, y este pueblo ya no está en sus manos.

\*\*\*

La revolución turca ha sido un movimiento popular en demanda de libertad y justicia, pero detrás de su carácter, exteriormente espontáneo, hay que buscar los hilos misteriosos, los resortes de la influencia extranjera, como en todos los actos y gestos de los países débiles. La joven Turquía ha hecho la revolución, pero Inglaterra la ha protegido. La muchedumbre de Constantinopla, al verse libre, se ha agrupado ante la embajada británica, saludando con delirante ovación a la liberal Inglaterra, protectora desinteresada de los pueblos, siempre que esta protección favorezca sus

intereses comerciales. Ante la embajada de Alemania, silencio y miradas rencorosas. Alemania es la amiga del sultán, la aliada del antiguo régimen.

Entre Guillermo II y Abdul Hamid, existía y existe aún algo más que esa amistad o parentesco protocolario, que hace que los soberanos se llamen «hermanos» o «primos», por creerse todos de la familia de Dios. Los dos monarcas se estiman de veras, con una simpatía personal, y hasta se admiran mutuamente, comulgando ambos en una concepción mística de la autoridad que consideran de origen divino. Son dos almas de la Edad Media. El káiser envidiaba al sultán en su despotismo, su gobierno sin trabas, político y religioso a la vez, su título de «sombra de Dios en la tierra». ¡Si él pudiese llegar a esto en Alemania! ¡Qué obras tan enormes serían las suyas!... Abdul Hamid, a su vez, ve en Guillermo II una especie de arcángel, con espada de fuego, como los que el Profeta creaba en su poética imaginación.

El káiser ha gobernado durante muchos años Turquía, como si fuese un territorio suyo. En las calles de Constantinopla he visto yo a cientos los oficiales del ejército turco, grandes, rubios, con el monóculo en un ojo y empinados mostachos. Eran militares alemanes, encargados del mando del ejército turco.

Guillermo, al que con razón llaman algunos escritores «viajante de comercio en hombre Estado», imponía al sultán sus ministros, escogiéndolos entre los turcos más adictos a Alemania. Ferid Pachá, gran visir durante nueve años, era un admirador ciego del káiser y de su política. Los signos exteriores de esta dominación se ostentaban orgullosamente en los lugares más vistosos de Constantinopla. El palacio de la embajada de Alemania es el disparate arquitectónico, la fanfarronada de albañilería más enorme, que se conoce en el mundo. Sobre las alturas del barrio de Pera, dominando la ciudad, el mar de Mármara, el Bósforo, y hasta el mismo Yildiz Kiosk, se alza una especie de cuartel con más de mil ventanas, ostentando sobre la balaustrada del tejado, unas águilas doradas. En este edificio, podrían alojarse cómodamente cuatro mil soldados con sus caballos, y solo lo ocupa un hombre: el representante de Alemania. Los pisos superiores están deshabitados y sin muebles; las ventanas permanecen, casi todas, cerradas; el enorme edificio nuevo tiene un aire de vetustez y abandono; pero ¿qué importa? Lo interesante es que toda Constantinopla, del mar y de tierra, desde la ribera europea y desde la asiática, y hasta de la residencia imperial, vean a todas horas, en lo alto, como signo de dominación, las águilas germánicas.

\*\*\*

En la plaza inmediata a la mezquita de Santa Sofía, ágora de la vida turca más tradicional, junto a monumentos como el obelisco de Teodosio y la

Columna Serpentina, se levanta un horrible quiosco de azulejos nuevos y flamantes, obra industrial que parece despegarse con su brillo de este marco vetusto y venerable, causando en el observador el efecto de una bofetada. Es una fuente que el mismo Guillermo II ha erigido en su honor, dándole su nombre, en memoria del viaje a Constantinopla.

Esto en cuanto a la vanidad. En punto a provechos materiales, el káiser supo sacar fruto de su influencia turca. El ferrocarril en construcción de Constantinopla a Bagdad, y el que llegará pronto a La Meca, son alemanes, a pesar de que se están realizando los trabajos con dinero turco. Y alemanes también, todos los servicios importantes y lucrativos del imperio otomano.

Los monarcas de Europa han rehuído visitar Turquía, creyendo que con su presencia iban a sancionar el despotismo del sultán. Guillermo II fue a Oriente, hace algunos años, arrastrado por su deseo de deslumbrar a los pueblos, y que el mundo hablara de su persona.

Napoleón marchó a Egipto al principio de su gloriosa carrera: bien podía él ir a Turquía, aunque fuese como conquistador pacífico.

Pocas fiestas se verán como las que acogieron al káiser en Constantinopla. El manirroto Abdul Hamid, que nunca ha sabido el valor del dinero, puso en tortura su imaginación oriental para obsequiar al amado huésped. Ningún soberano de *Las mil y una noches* discurrió lo que él, en punto a generosidad.

Preparáronse para el káiser y sus acompañantes, palacios magníficos, adornados con venerables riquezas de los antiguos sultanes. Guillermo II fue llevado a visitar las portentosas fábricas de tapices del Estado.

La orden de Abdul Hamid a sus servidores fue terminante.

—Todo lo que mire por dos veces mi amado hermano, el sultán de los alemanes, que se empaquete y se entregue a su séquito.

\*\*\*

No se sabe, ciertamente, si Guillermo II se enteró de esta determinación. Los turcos, a pesar de su prudencia, también son a veces indiscretos. Lo cierto fue que al káiser se le desarrolló la vista de un modo extraordinario. Era Argos, el de los cien ojos. Hasta sus enhiestos bigotes parecían tener pupilas. Lo miraba todo, lo admiraba todo, joyas, muebles, tapices, armas, caballos, y corrían tras su paso los pachás, dando órdenes a su ejército de eunucos y cargadores, recogiendo, plegando, empaquetando, amontonando o llevando de la brida, temerosos de que quedase en el olvido algún objeto de los que conseguían el alto honor de ser contemplados por Su Majestad Imperial.

Dos enormes paquebotes alemanes anclaron en el Bósforo, para cargar los regalos.

El buen pueblo de Constantinopla admiró la grandeza del káiser, poniéndola en relación con los presentes que se llevaba. ¡Esto era ser un gran sultán! Muchos reían de la modestia miserable del almirante de la flota inglesa, anclada en el Bósforo, por aquellos días. El padichá había querido hacer grandes regalos al representante de la nación británica, pero el marino los rehusó. Al fin, por no parecer descortés, indicó que le regalasen un gato legítimo de Angora...

¡Esos ingleses!...

La curiosidad turca guardó con cierta impaciencia los presentes del emperador Guillermo al sultán, como respuesta a su estupenda generosidad. Estos cambios de regalos son indispensables en Oriente.

Primero llegó la orden del káiser de levantar en la antigua plaza turca una fuente en su honor. Esto, más que presente, era una explosión de vanidad, en forma de mampostería y azulejos, pero los turcos lo acogieron como anuncio de un regalo mejor.

Y, al fin, llegó... Llegó un pequeño paquete de Berlín, llevado con gran pompa, por el embajador de Alemania al Yildiz Kiosk.

Lo abrieron los cortesanos turcos, intimidados por su pequeñez, que anunciaba algo extraordinario. ¿Oro?... ¿Piedras preciosas?...

Dos bustos pequeños de metal, del emperador y la emperatriz, obra a molde de la bisutería alemana, y un facsímil del bastón de mando de Federico II de Prusia.